

Jóvenes y Drogas, las razones ocultas

• OPINIÓN  •

Aún para una institución como la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, que lleva prácticamente veinte años trabajando la prevención de los consumos de drogas, especialmente entre jóvenes y adolescentes, no es fácil responder a la cuestión de por qué consumen éstos. Mucho menos, hacerlo de una manera simple y concreta. Cada adolescente es un mundo y las razones por las que se inicia en los consumos de drogas pueden ser muy diferentes. No obstante, se pueden señalar algunos elementos que son más comúnmente compartidos.

En primer lugar no se puede obviar las referencias al contexto social que condiciona los consumos. Se entiende con facilidad que no pueden ser las meras motivaciones individualistas las que hayan condicionado la explosión en las prevalencias de usos de drogas que se está observando en los últimos años. Sólo una mirada más amplia, de carácter sociológico, puede dar pistas sobre el fenómeno.

Estamos viviendo una situación en la que emergen con fuerza valores sociales de carácter hedonista, presentista e individuales. Vivir "a tope" el presente, superar los límites, explotar al máximo las posibilidades de gratificación, instalarse en la fantasía de un mundo de felicidad perfecta, son elementos que, fácilmente reconocibles en nuestro esquema social de valoraciones, condicionan o facilitan una experimentación con drogas, que se vive como funcional para dichas intenciones.

Al tiempo, hemos asistido a una evolución de la percepción social, que banaliza los riesgos de los consumos, que enfatiza sus beneficios y que los ha asociado casi indisolublemente con el ocio. Si la colectividad entiende que el ocio y las drogas están relacionadas, si además interpreta que todos los jóvenes consumen, sólo falta un paso, el que estos

jóvenes se lo crean, para que se inicien masivamente en el comportamiento que se les atribuye a priori.

Todo ello, sin negar el conjunto de razones individuales que también influyen en el inicio y que, acaso más aún, condicionan la continuidad del uso y alientan una trayectoria de consumos que, en algunos casos, puede determinar circunstancias de difícil retorno. La baja autoestima, la inseguridad ante las presiones del grupo, la exagerada necesidad de aprobación social, la dificultad para manejar la frustración, todas ellas son características personales que pueden suponer una especial condición de vulnerabilidad.

Cuanto menos firme sea la preparación de una persona para tomar decisiones libres y autónomas, cuanto más frágil sea su criterio y su capacidad de discriminación de riesgos, cuanto más inseguro se encuentre a la hora de enfrentar las inevitables dificultades de la vida; en suma, cuanto más inseguro y vulnerable sea, tanto más peligro tendrá de ver a las drogas como una posible solución de sus dificultades, y de agarrarse a esa solución de una manera, primero habitual y luego compulsiva.

Todos los argumentos expuestos hasta el momento son, sin duda, descorazonadores, pero no son una novedad. Probablemente, sabemos casi al cien por cien el por qué de los consumos, pero el análisis sin una acción posterior no sirve de nada. Quizá tan solo para tranquilizarnos artificialmente o para conducirnos a una situación de resignación que nada favorece la resolución del problema.

Ahora es el momento de actuar desde la sociedad civil, desde la colectividad, e individualmente cada uno desde su responsabilidad. Sólo desde ambas esferas -colectiva e individual- será posible el cuestionamiento de los actuales estilos de vida que promocionan, o incluso abocan, al consumo de drogas.

Desde los distintos agentes sociales se debe avanzar hacia un objetivo básico: la educación preventiva desde la etapa infantil. En este proceso, todos estamos implicados. Padres, profesores, medios de comunicación, publicitarios, administraciones, organizaciones sociales, etc. Cada uno desde su ámbito de actuación puede contribuir a cambiar una escala de valores, un ritmo social y unos hábitos que obligan a muchos de nuestros jóvenes, casi niños, a tomar decisiones para las que no les hemos preparado.

Es el momento también de dejar de ampararnos en discursos justificativos y tranquilizadores o de demandar medidas que no nos obligan personalmente a hacer nada. Evidentemente, son importantes las campañas de sensibilización, que se implementen programas preventivos en las escuelas, que se destinen más recursos públicos para ello, pero de nada servirá ninguna medida si colectivamente -entre todos y cada uno individualmente- no empezamos a cuestionar los valores sociales que predisponen a los más jóvenes hacia los consumos de drogas, y hacia otra serie de conductas de riesgo social.

No me refiero en absoluto a hablarles de drogas cuando aún no conocen su existencia, sino a trabajar desde la etapa infantil una serie de valores que actuarán como elementos preventivos cuando deban enfrentarse a decisiones difíciles: la autoestima, las habilidades de oposición, la empatía, el autocontrol, la capacidad para asumir las inevitables frustraciones que la vida les deparará, el establecimiento de límites y normas claras, etc. En definitiva se trata de, a través de la educación, proporcionarles los instrumentos suficientes para que puedan decidir de forma autónoma y libre, pero con menor vulnerabilidad y riesgo. ■

Ignacio Calderón

Director General de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción